



Administración:  
CH 1236 CARTIGNY/GE  
Suiza

PUBLICACION QUINCENAL

Subscripciones  
Suiza, 1 año . . Fr. 5.--  
Otros países . . \$ 3.--

# Un combate que lleva a la victoria

Exposición del Mensajero del Eterno

Ala luz de la verdad, cuando nos encontramos puestos entre la espada y la pared por las pruebas que se manifiestan, nos quedamos a veces muy sorprendidos al observar nuestros déficits. El conocimiento de las cosas divinas nos viene por la influencia del espíritu de Dios. Esto no viene de nosotros, sino que es el Señor quien nos abre la inteligencia. Hemos venido al mundo en lamentables condiciones. Como lo dijo David, el salmista: "He aquí, en maldad he sido formado, y en pecado me concibió mi madre".

Las Escrituras también dicen: "¿Cómo de una mala cosa podrá salir el bien?" Recibimos todas las cosas buenas del Eterno. En su gran misericordia, quiere hacer de nosotros seres que sean una honra para su santo Nombre y para su bendita Casa.

Al principio de la carrera, los caminos divinos no nos son para nada familiares. Por eso, hablando de estos caminos, el apóstol Pablo dijo: "Cosas que ojo novio, ni oído oyó, ni han subido en corazón de hombre. Son las que Dios ha preparado para los que le aman." A éstos Dios se las da por su espíritu.

El Señor pronunció también estas palabras significativas: "Al que venciera, daré a comer del maná escondido, y le daré una piedrecita blanca, y en la piedrecita escrito un nombre nuevo, el cual ninguno conoce, sino aquel que lo recibe."

Los hijos de Dios no deben dejarse influenciar por los esfuerzos del adversario. El Señor conduce a sus hijos por el buen camino; nada malo puede sucederles cuando son dóciles y que puede cubrirlos de su gracia. Entonces todo concurre para su bien y su bendición. Para vencer las astucias del adversario, la sabiduría del mundo es impotente.

Es menester vivir los principios de la verdad. Pues esta línea de conducta atrae a nosotros el espíritu de Dios; entonces podemos realizar las palabras arriba mencionadas del Señor: "Al que venciera le daré una piedrecita blanca, y en la piedrecita escrito un nombre nuevo".

El nuevo nombre es algo muy personal. Todos los hijos de Dios están invitados a descifrarlo, pero se necesita la clave para poder leerlo. Esta clave consiste en una verdadera consagración, como lo he mostrado en *La Divina Revelación*. Es preciso vivir honradamente el misterio de la piedad, con el cual se revela el misterio de la iniquidad.

Para esto debemos estar bien decididos en someternos dócilmente al programa divino. Entonces el Señor podrá fortalecernos magníficamente. Todo lo podremos vencer, como lo dijo el apóstol Pablo: "Todo lo puedo por

Cristo que me fortalece." Mientras que sin él nada podemos lograr.

Todos los seres humanos están en las manos del adversario y no pueden evitar su influencia. Además, son asediados por sus propios hábitos; son cadenas que los oprimen y que los hacen en gran manera esclavos. Sólo el Señor es capaz de sacarlos de su situación.

Con él todo puede ser realizado, incluso el ser más depravado puede remontar la cuesta de la vida, transformarse en un ser razonable y noble que hace buena figura en la Casa del Eterno. Basta seguir con buena voluntad la amable escuela de nuestro querido Salvador.

La pecadora mencionada en Lucas 7: 39, tenía conciencia de su miserable situación; estaba bien consciente de su gran pobreza y de toda su degeneración. Por eso estaba también consciente de todo el poder de bondad y de misericordia que emanaba de nuestro querido Salvador.

Su corazón estaba profundamente tocado y conmovido; ella regó con sus lágrimas los pies del Señor, y los enjugó con sus cabellos. Cuando vio esto el fariseo que había convidado al Señor, dijo para sí, al referirse a nuestro querido Salvador: "Este, si fuera profeta, conocería quién y qué clase de mujer es la que le toca, que es pecadora."

El Señor comprendió bien el pensamiento religioso de Simón el fariseo, y le contestó con una maravillosa benevolencia: "Simón, te digo que sus muchos pecados le son perdonados, porque amó mucho; más aquel a quien se le perdona poco, poco ama."

En efecto, como lo nuestro constantemente, lo que más cuenta en los caminos divinos es el amor. El amor es la clave de la vida; es por lo que el apóstol Juan, que conocía bien el pensamiento divino, declaró: "Todo aquel que ama conoce a Dios, el que no ama, no ha conocido a Dios; porque Dios es amor." Si estamos apegados a Dios con todas las fuerzas de nuestro corazón, todo lo podremos vencer gracias a esta fuerza que opera en nosotros como un poder invencible.

¿Qué es lo que debemos vencer? Es el viejo hombre, el espíritu del mundo y del adversario. Se trata, pues, de ponernos valerosamente al trabajo en esta lucha contra nosotros mismos. Para esto no debemos escuchar el viejo hombre, que tiene constantemente subterfugios para no hacer lo que conviene. Es él que nos mueve siempre a decir: "Yo tenía la intención de salir, pero hace demasiado mal tiempo, no es prudente". "Hace demasiado calor". "Hace demasiado frío". O bien: "Esto no está a mi alcance".

Todo esto, son consideraciones diabólicas. Lo que hay que tener siempre presente es la ayuda omnipotente del Señor, la cual nunca falta cuando se la pedimos humildemente. Por eso, el más pequeño y el más débil puede ser fortalecido de tal manera que pueda resistir a todos los ataques del adversario. Esta seguridad es para nosotros un inefable consuelo.

La victoria es segura para el que pone en práctica los caminos divinos. El Señor nos invita a ser vencedores, y nos ofrece su asistencia para lograrlo. Nos dice también estas palabras estimulantes: "Al que venciera, yo le daré del maná escondido que crece en el paraíso de Dios."

Naturalmente, para poder comer de este precioso maná, conviene tener en sí el paraíso. Ahora bien, podemos muy bien realizar un instante el paraíso en nuestro corazón y luego salir de él. Podemos estar en el monte de Sion y luego bajar de él. Un solo mal pensamiento basta para impedirnos mantenernos en él.

Es como cuando presenciamos una gran asamblea. La asamblea es santa para nosotros si los pensamientos que tenemos son santos; pero si son pensamientos profanos, si por nuestros sentimientos estamos fuera del Reino y distraídos, entonces es muy diferente.

Si estamos en la nota, el poder divino obra en nosotros y podemos decir en verdad: "¡Mirad cuán bueno y cuán agradable es habitar los hermanos juntos en armonía!". Un glorioso poder puede manifestarse en semejante asamblea, y verdaderamente es la asamblea del Dios viviente.

Así, en el Pentecostés, diecisiete naciones oyeron y comprendieron el testimonio del apóstol Pedro en su propia lengua, aunque él hablase el lenguaje de los hebreos. Como lo vemos es magnífico todo lo que puede ser realizado con el espíritu de Dios.

Las personas que llaman eruditas, que tienen mucha cultura, y que según el mundo son sabios e inteligentes, no comprenden sino con enorme dificultad los caminos divinos. Mientras que a menudo, los pequeños y los humildes son mucho más accesibles al mensaje divino, porque no han engullido a grandes cucharadas la sabiduría del mundo.

En efecto, incluso aquellos entre los que no saben leer, llegan a entender magníficamente, y no los estorba su indigencia literaria. No en vano dijo el Señor Jesús, en su primera predicación llamada el sermón de la montaña: "Bienaventurados los pobres en espíritu." En efecto, éstos no han sido tan fantásticamente falseados con toda clase de estudios.

Naturalmente, todo sería mucho más fácil si los seres humanos hubieran nacido en el Reino de Dios. Pues así no tendrían impedimentos

en su corazón para comprender la verdad, y no estarían sumidos en las profundas tinieblas que los sumergen.

Son estas tinieblas, en las cuales están sumidos por todos lados, que los incapacitan para comprender y recibir la verdad. En esto también la ley de las equivalencias funciona sistemáticamente. Por eso, los seres humanos que tienen ventajas en distintas ramas del mundo, carecen de ellas en otro sentido.

Lo que es una ventaja en el reino del dios de este mundo, es en general siempre una desventaja en el Reino de Dios. Por ejemplo, es un gran favor en el mundo tener riquezas, pero en el Reino de Dios éstas no sirven, puesto que las Escrituras afirman que ningún rico entrará en el Reino. Y como a menudo los ricos no tienen el valor de dejar sus riquezas, éstas son para ellos una inmensa desventaja.

Para mantenerse en el Reino de Dios es menester decisión. Es preciso que los caminos divinos nos sean más preciosos que todo lo que en el mundo podamos amar: padres, amigos, hijos, riquezas, el honor y la consideración de parte del mundo. Todo esto debe pasar en segundo término en nuestro corazón.

En efecto, si lo consideramos bien, debemos reconocer que sólo los caminos divinos pueden dar la vida, y es preciso que encuentren un grande aprecio en nuestros corazones. Por eso también tenemos que ejercitamos en vivirlos con mucha diligencia y buena voluntad.

Naturalmente, no podemos lograrlo a la primera. Es preciso corregirnos muchas veces, estar deseosos de pasar por la hiler a cualquier precio, antes de alcanzar el objetivo y recibir el nuevo nombre.

Es así como cambiamos totalmente de carácter y como obtenemos la mentalidad de un hijo. Si seguimos los caminos divinos, bendecimos a los que nos maldicen, oramos por los que nos persiguen, realizamos la mentalidad de nuestro querido Salvador, y nuestro corazón se transforma poco a poco. Finalmente, llega el momento en que el adversario no tiene nada más en nosotros.

Es verdad que los pensamientos del Todopoderoso superan los conceptos limitados que tienen los seres humanos. La mayoría de ellos, cuando examinan el programa divino, dicen: "Si hacemos esto, no seremos más temidos de nadie, nos pisotearán y nos despojarán; finalmente nos matarán, puesto que no podremos defendernos.

Estos pensamientos son completamente falsos. Si el Señor extiende sobre nosotros su mano protectora, estamos bien protegidos y nadie puede atentar contra nosotros. David experimentó tan profundamente esta protección, que dijo en el Salmo 91: "El que more bajo la sombra del Omnipotente no temerá ningún mal. Caerán a su lado mil, y diez mil a su diestra más a él no llegará."

David tenía a su activo magníficas experiencias, especialmente las que recordaba del período de su vida en que era perseguido por Saúl. Por ejemplo cuando estuvo a merced de su enemigo, acorralado en la cueva, hubiera podido pensar: "Ahora sí que estoy perdido".

Pero el Eterno velaba sobre su hijo. Saúl se quedó en la entrada de la cueva y se durmió. Entonces David se aproximó a él durante su sueño y le cortó la orilla del manto. Después, cuando estuvo fuera de alcance de Saúl, le gritó: "Saúl, Jehová te ha puesto hoy en mis manos, pero no he querido extender mi mano contra mi señor, el ungido de Dios".

Saúl se quedó impresionado ante la actitud de David, y le dijo: "Hijo mío, David, más justo eres tú que yo; vuélvete, que ningún mal te haré más". Desde aquel momento ya no le combatió más. Después de sus experiencias, no extrañamos de que David pronunciara las palabras del salmo 91 arriba mencionadas.

El Señor es siempre amo de la situación. El quiere conducir a sus hijos de una manera maravillosa. Sólo es menester que ellos estén deseosos de dejarse educar por él. José también pasó magníficas experiencias, y Daniel igualmente. Nosotros también podemos hacerlas. El apóstol Pablo escribió a Timoteo: "Todos los que quieran vivir piadosamente en Jesucristo serán perseguidos." Pero de la persecución resulta una bendición inefable.

Si somos fieles y nos confiamos completamente en las manos del Eterno, podemos experimentar el poder de su brazo que se extiende sobre nosotros y nos protege maravillosamente. En esos momentos podemos convencernos mejor de que cuando el Eterno está a nuestra diestra no vacilamos y ninguna desgracia puede acontecernos.

No hay nada como la experiencia personal para afirmar el corazón. Naturalmente, esto requiere también que tengamos la fe. La fe es un don de Dios, no hay que olvidarlo; viene a ser activa cuando no sólo no hacemos nada para debilitarla, sino que nos conformamos a los caminos divinos, a fin de hacer obras que la harán prosperar.

Cuanto más vivamos los principios de la pureza, más podrá desarrollarse la fe en nosotros. En cambio, cuanto más nos dejemos llevar por las cosas ilegales, menos podrá obrar. Si violamos constantemente nuestra conciencia, la fe acabará por desaparecer completamente de nuestro corazón. El apóstol Pablo habló a Timoteo de algunos que habían naufragado en cuanto a la fe.

Yo he sopesado bien la diferencia que existe entre la fe y la credulidad, porque son dos cosas diametralmente opuestas. Es como el amor egoísta, que es justo lo contrario del amor divino. El amor egoísta destruye el organismo. Hace sufrir al que está afectado de él, así como a la persona a quien expresa este sentimiento. En cambio, el amor divino hace bien, sostiene y conserva la vida. Actualmente, los hombres no pueden hacer la diferencia entre estos dos sentimientos, que son totalmente diferentes uno del otro.

El amor diabólico acaba muy pronto sus posibilidades de afecto. Cuando estamos bajo su dominio, nos sentimos continuamente ofendidos. Podemos encontrarnos en un instante desbordantes de alegría, pero a la menor dificultad, e incluso sin razón aparente, esta alegría ficticia se convierte en tristeza y en desesperación. Pero el amor divino es muy distinto.

El apóstol Pablo nos da una maravillosa descripción cuando dice: "El amor todo lo cree, todo lo espera, no sospecha el mal, nunca se irrita, permanece dulce hasta lo último". Naturalmente, es del amor verdadero que habla. El amor egoísta, al contrario, es por cierto odio disimulado, puesto que incluso puede incitar al crimen a aquel que lo padece. Por lo tanto, para el que es amado de esa manera es una verdadera calamidad.

El amor divino sólo produce el bien, sin resabio alguno de amargura ni posibilidad de decepción subsecuente. Ejercitémonos, pues, en realizar el amor divino, que es un elemento

esencial para nuestra prosperidad espiritual y física. De todo corazón hagamos esfuerzos sinceros y continuos en esta dirección. Así adquiriremos una fuerza espiritual que nos capacitará para vencer al adversario y para practicar el bien en todas las situaciones, no guardando jamás algo contra quien sea.

En efecto, para alcanzar la meta no debemos dejar subir en nuestro corazón un sentimiento desfavorable cualquiera; ni guardar nada contra quien sea, ni siquiera contra el adversario, ni contra los que hacen el mal. El adversario era un hijo de Dios, y es sumamente triste que escogiera un camino tan aciago y se convirtiera en un enemigo del Eterno, que le tenía un inmenso afecto.

Los caminos del Eterno son gloriosos. El que los practica se encuentra bajo la protección del Altísimo; nada malo puede acontecerle, todo concurre inevitablemente para su bien. Es preciso que estemos íntimamente persuadidos de esto, para que el temor desaparezca de nuestro corazón.

Todos los hombres van pasando ahora por el valle de sombra de muerte, hasta que funcione plenamente en la tierra la restauración. Sin embargo, actualmente, el santo Ejército del Eterno puede atravesar el Jordán en seco, es decir, que puede pasar de la dispensación actual a la dispensación de la restauración de todas las cosas sin pasar por la muerte.

Naturalmente, una posibilidad tan maravillosa implica serios y constantes esfuerzos para llenar las condiciones, las cuales están estrictamente vinculadas con esta inefable perspectiva. El Ejército del Eterno debe vivir la ley universal con todo su corazón, bajo la égida del tabernáculo de Dios que se establece actualmente entre los hombres.

Para el real sacerdocio, su deber es precisamente formar el tabernáculo de Dios entre los hombres, viviendo fielmente el ministerio del sacerdocio. Es así como podremos vencer al adversario y recibir el nuevo nombre, que nadie conoce sino el que lo recibe.

Todas las experiencias que pasamos durante un solo día son excelentes para ayudarnos a adquirir el nuevo nombre. Este lo recibiremos más o menos pronto según la medida del ardor que pongamos en dar los pasos.

Queremos, pues, desplegar celo en la práctica del programa divino. Es así como seremos vencedores en todas las direcciones, combatientes que logran la victoria, porque pelean de la buena manera, para honra y gloria del Eterno y de nuestro querido Salvador.



### Preguntas para el cambio – del carácter –

1. ¿Hemos vencido las sugerencias del adversario e irradiado ondas divinas luminosas?
2. ¿Hemos realizado las lecciones de fe y de paciencia, y sido un grande estímulo?
3. ¿Cuáles han sido nuestros progresos en la humildad y la sinceridad?
4. ¿Hemos podido permanecer siempre en el monte de Sion, desechando las ofertas del adversario y los deseos del viejo hombre?
5. ¿Hemos sido valientes en las pruebas, perseverantes en el esfuerzo, y sentido la paz y el entusiasmo?
6. ¿Hemos podido emitir siempre impresiones amables, por habernos olvidado de nosotros mismos en favor del prójimo?